

Aragorn desmontó, y de pie junto a la Piedra, gritó con voz potente: —Perjuros ¿a qué habéis venido? Y se oyó en la noche una voz que le respondió, desde lejos: —A cumplir el juramento y encontrar la paz. Aragorn dijo entonces: —Por fin ha llegado la hora. Marcharé enseguida a Pelargir en la ribera del Anduin, y vosotros vendréis conmigo.

“EL SEÑOR DE LOS ANILLOS III:
EL RETORNO DEL REY”. JRR TOLKIEN.



PRÓLOGO

El joven aspiró nuevamente el aroma del mar que rompía sobre las rocas. El puerto estaba casi desierto a aquellas horas, a pesar de ser uno de los pocos momentos del día en que el calor del sol desterraba ligeramente los rigores del crudo invierno en el que se había visto envuelto Avalon aquel último año. Su capa azul cielo ondeó tras su espalda mientras se aproximaba al borde del muelle y miraba al horizonte, reflexionando, una vez más, sobre el cometido que se presentaba ante él.

La silenciosa figura de su maestra se perfiló entonces tras su espalda, sobresaltándolo ligeramente. La pálida túnica multicolor que vestía contrastaba con su piel color café, pero sus ojos claros desterraban cualquier posible asomo de calidez en su presencia. El muchacho se volvió lentamente y la encaró sin violencia.

—Es la hora —adivinó.

Ella asintió.

—Ya no puedo enseñarte más, mi pequeño jilguero —suspiró, resignada—. Debes partir y cumplir con tu destino —media sonrisa asomó a la comisura de sus labios—. Son muchos los que lo esperan.

Él tragó saliva y apartó la mirada, súbitamente acobardado. No necesitaba que le recordasen la responsabilidad que acarreaba sobre sus espaldas, ya era suficiente con sentirlo a cada paso que había dado a lo largo de su vida en el templo. Aquellas miradas escrutadoras..., todos aquellos susurros disimulados tras las columnas atestadas de jeroglíficos...

Su maestra pareció percibir que algo no iba bien porque, de súbito, se aproximó y le colocó las manos sobre los hombros.

—Lo harás bien, novicio —una sonrisa sincera apareció por primera vez en su rostro—. Confío en ti.

El muchacho sonrió a su vez.

—Gracias, Mi Señora.

Ella se apartó sin brusquedad y alzó la vista. El joven siguió la dirección de su mirada... y se estremeció sin quererlo.

El barco que debía tomar hacia Puerto Calea se aproximaba.

UN NUEVO ASPIRANTE

Marco observaba pensativo por la ventana, admirando cómo el invierno se iba cerniendo sobre los árboles que rodeaban el edificio en el que se encontraba. Las hojas caducas, marchitas, ya hacía tiempo que habían caído al suelo y el viento las había barrido, mientras que las orgullosas coníferas se alzaban entre los pálidos esqueletos de madera que aquellas dejaban atrás. La escarcha de la mañana aún cubría algunos parabrisas y los alféizares de algunas ventanas, pero el hombre sabía que solo era cuestión de tiempo que desapareciese; en cuanto asomase el sol por el horizonte, el hielo se convertiría en agua y después el calor la evaporaría. Así era el ritmo de las cosas.

Reprimiendo un bostezo que pretendía despejarlo de sus bucólicos pensamientos, bajó la vista de nuevo, con desgana, hacia los papeles que había comenzado a hojear unos minutos antes, en cuanto había llegado a trabajar. Pero en cuanto unos cálidos brazos rodearon su cuello, desistió sin demasiado esfuerzo y, con deleite, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Buenos días —dijo una voz femenina de contralto sobre su pelo, justo antes de que sus labios se uniesen—. No te he oído irte esta mañana.

Marco rio por lo bajo, no sin cierta amargura, mientras Cora bajaba la cabeza para ponerla a la misma altura que la de su marido y trataba de encontrar sus iris azules, sin resultado.

—He pasado una mala noche —confesó él ante su muda pregunta, sin mirarla directamente.

Cora suspiró, rodeó la silla donde estaba sentado y se sentó sobre sus rodillas con una sonrisa pícara en los labios.

—Pues tal y como te vi caer rendido, cualquiera lo diría —bromeó, tratando de quitarle hierro al asunto. No soportaba verlo tan abatido.

Marco sonrió a medias, ligeramente divertido por aquella afirmación totalmente verídica, pero de inmediato se puso serio y Cora lo notó. Despacio, le tomó la barbilla con un dedo y lo obligó a levantar la cabeza.

—¿Qué te preocupa? —preguntó con dulzura—. Ya sabes que no me gusta que me ocultes cosas...

Él respiró profundamente y rodeó su cintura con el brazo antes de responder.

—No lo sé, la verdad —confesó en voz baja, mirándola a los ojos—. Y te juro que no trato de esconderte nada. En realidad, bueno... todos mis quebraderos de cabeza pueden resumirse en que las finanzas de la discográfica no van bien. Y los aspirantes que tenemos... en fin...

Acompañó sus últimas palabras con un gesto de frustración propio de él como era pasarse la mano por el pelo. Cora siguió con los dedos ese mismo recorrido antes de juntar su frente a la de él; a pesar de que alguna cana y unas entradas muy ligeras denotaban sus casi cuarenta años, lo cierto es que Marco había conservado gran parte de su abundante cabellera rubia y rizada.

—Quizá el de hoy sea prometedor —intentó animarlo—. ¿No será eso lo que te ha quitado el sueño hoy? —inquirió acto seguido, con una ceja arqueada.

La risa sarcástica de Marco la hizo levantar la cabeza de golpe, sorprendida y ligeramente irritada. Cuando su esposo se ponía imposible...

Pero antes de que pudiese decir nada, este lo hizo por ella.

—Puede que en parte sí, pero vamos... Creo que ya me conformo con que sepa lo que es una guitarra española, eso te lo garantizo —aseguró, y al comprobar que la mueca de ella se suavizaba, le acarició la mejilla con cariño—. No me interpretes mal, mi amor. Pero reconocerás que la música de hoy en día... No es lo que era en nuestra época. Y me resisto a conformarme con lo que hay... —alzó las manos al techo con impotencia mal disimulada—. Quiero... Algo mejor.

Cora tenía que admitir que Marco tenía razón. Ella deseaba exactamente lo mismo que él; pero, en este caso, no se dio por vencida. Tenía una corazonada: el candidato que tenía que acercarse a hacer la prueba en directo aquella mañana parecía que realmente sabía lo que hacía. O, al menos, eso demostraba su humilde maqueta.

Queriendo repasar los detalles de la misma por si alguna flaqueza del aspirante que su marido hubiese llegado a detectar se le había escapado, la mujer alargó la mano despacio y cogió un pliego de papeles que había sobre el escritorio, evaluando su contenido con atención.

—Este al menos viene especialmente recomendado —murmuró al fin, cuando terminó de repasar su currículum artístico y los detalles de la grabación, así como las anotaciones que había garabateado Marco tras escuchar la maqueta. Él era el productor ejecutivo, el encargado de revisar el material y dar su veredicto. Pero Cora suponía que, en este caso, su marido ya estaba tan quemado de escuchar a solistas y grupos de medio pelo que no había contemplado un diminuto pero crucial detalle. Por lo que, al ver la mirada perpleja que le dirigía Marco, aclaró con una sonrisita irónica:

—Si tu hija y tu sobrina opinan que este mozo tiene talento y potencial... ¿No deberíamos darles un voto de confianza?

Entonces sí que la sincera carcajada de Marco resonó por todo el estudio. Pero no estaba molesto y Cora lo supo al instante; especialmente cuando, con infinito amor, el productor de Black Records la besó en los labios durante un minuto entero para, tras separarse, murmurar burlescamente junto a su oído:

—Dime si tú y yo a su edad teníamos criterio musical... Y dejaré de poner objeciones.

Sandra alzó la cabeza al oír el timbre, pero tardó unos segundos de más en levantarse a abrir. Sin saber por qué, no se sentía con fuerzas para ver a más candidatos con ganas de hacerse un hueco en el mundo de la música a cualquier precio. Porque, ¿era tanto pedir que los aspirantes que enviaban sus maquetas fuese gente responsable y realmente supiesen lo que hacían? Ciertamente que era un negocio bastante lucrativo y que si se te daba bien podías llegar lejos, pero una cosa era eso y otra tratar de tomarles el pelo. Y por ahí no iba a pasar.

El timbre sonó de nuevo, sin insistencia, antes de que la cabeza morena de Ray se asomara desde el despacho más cercano.

—Cielo, ¿no abres? —le preguntó a su esposa al ver que esta se mantenía sentada en su sitio, mirando fijamente la puerta. Ray siguió la dirección de sus iris claros para acto seguido volver a mirarla y suspirar.

—Cariño, seguro que esta vez será diferente —alegó mientras daba un paso fuera del despacho y se situaba junto a ella, apoyando una mano en su hombro.

Pero, al comprobar que Sandra no iba a moverse de la silla por el momento, el hombre sacudió la cabeza con derrotismo antes de aproximarse él mismo para abrir.

—Hola —saludó al joven que esperaba fuera—. Tú debes de ser Ronnie...

El muchacho sonrió con alivio.

—Sí, soy yo —afirmó con cordialidad y un ligero acento extranjero mientras extendía una mano para que Ray la estrechase—. Gracias por esta oportunidad, en serio... Les prometo que no les defraudaré.

El hombre moreno sacudió la mano para quitarle importancia.

—Si nos quedamos aquí nunca lo sabremos —le guiñó un ojo, truco infalible de camaradería que había desarrollado con los años y que parecía dar confianza a casi todos los que pasaban por el estudio—. Así que, por favor, pasa, no te quedes ahí en el rellano... —el chico traspuso el umbral obedientemente al tiempo que Ray se volvía hacia la recepción—. Mira, te presento: esta es...

—Sandra Ramiro, responsable de marketing y relaciones públicas de la empresa —se adelantó su esposa antes de que Ray pudiese decir nada.

Ahora la mujer lucía una sonrisa de oreja a oreja, nada que ver con la mueca de cansancio que mostraba unos minutos antes, por lo que su marido decidió no ahondar en ello y enseguida guio al aspirante a solista hacia el interior de la discográfica.

De todas formas, pensaba mientras tanto, ya hablarían los cuatro de todo aquello. Sabía que la situación de la empresa no era ninguna maravilla, pero aun así... Debían aclararse algunas cosas. Si se dejaban llevar por el desánimo acabarían perdiendo todo por lo que llevaban luchando desde los diecisiete años.

Y no estaba dispuesto a permitirlo. Ahora tocaba hacer una prueba a un nuevo candidato a entrar en el sello.

Cierto que la maqueta había sido bastante prometedora y, por primera vez en casi dos años de andadura fuera de los escenarios, dedicados exclusivamente a sacar adelante a nuevos talentos —o a intentarlo, al menos— esperaban no equivocarse al apostar por él, pero era innegable que la tensión se palpaba en el aire. Aún tendría que demostrar su valía en directo. Y lo peor de todo era que, esta vez, el futuro empresarial de Black Records podía depender única y exclusivamente de ello.

La puerta de la sala de mezclas estaba entreabierta y se escuchaban risas al otro lado. Ray puso los ojos en blanco, maldiciendo interiormente; pidió a su acompañante que esperara un segundo mientras entraba en la habitación y, acto seguido, cerró la puerta con fuerza a sus espaldas. Como imaginaba, los labios de sus dos compañeros se separaron de inmediato: Cora pegó un salto y Marco echó la silla hacia atrás, teniendo que sujetarse a la mesa que tenía detrás para no caerse a causa de la inercia.

Ray arqueó una ceja inquisitiva e irónica a partes iguales mientras los otros dos se ruborizaban convenientemente y apartaban la mirada. Su mejor amigo, por otro lado, se acercó lentamente y se apoyó de brazos cruzados en la pared de su izquierda.

—En serio, no puedo creerme que no hayáis cambiando nada en diecisiete años... —los amonestó—. ¿Cuánto hace? ¿Tres horas que os acostasteis por última vez?

—No seas malo, Ray —lo regañó Cora con dulzura, ya repuesta del susto y haciendo caso omiso del tono enfadado de él—. Sabes que es nuestra naturaleza, no podemos evitarlo...

—Sí, lo sé —repuso el director de la discográfica, enfurruñado—. Pero nuestro próximo aspirante a estrella del pop... O de lo que quiera ser... No tiene por qué saberlo, ¿no crees?

La reacción en sus dos interlocutores no se hizo esperar. Cora abrió unos ojos como platos mientras se recomponía el vestido a toda prisa. Marco se levantó de un salto, se colocó la camisa en su sitio, se echó un rápido vistazo en el reflejo del cristal que daba a la salita de grabación e inspiró hondo.

—Hazle pasar. Estamos listos.

Ray asintió, conforme, un segundo antes de abrir la puerta nuevamente para dejar pasar a Sandra y a Ronnie al interior, no sin antes dirigirles una mirada severa a Marco y a Cora. Algo que quería reiterar su mensaje anterior: “andaos con cuidado”.

En más de un sentido.

Hacía dos horas que Ronnie se había ido y Sandra estaba tentada de darle al play de nuevo, pero la rápida mano de Cora se lo impidió con suavidad.

—Creo que ya lo hemos oído bastantes veces —objetó con una voz baja y ligeramente temblorosa.

Su compañera tragó saliva y obedeció lentamente. Cora comprobó que la misma mirada que Sandra mostraba se replicaba en los rostros de Marco y Ray. Así como, probablemente, en el suyo propio. Los cuatro estaban sentados en sendos sillones de piel en la sala de mezclas, y acababan de escuchar por décima vez la grabación de aquella mañana.

—No lo puedo creer... —musitó Marco.

—Ni yo —corroboró Ray.

El enfado de este último con sus dos compañeros había desaparecido como por ensalmo después de escuchar al joven aspirante, lo cual ambos agradecían en silencio a la vez que trataban de recuperarse de la sorpresa. Como si despertase

de un sueño, Cora suspiró, bajando de nuevo la vista hacia el monitor donde parpadeaba el nombre de archivo de la última pista grabada.

—Por lo visto, sí que sabía lo que era una guitarra... —apostilló con ironía mirando a Marco de reojo.

Este le devolvió una mirada cómplice que Ray y Sandra no entendieron.

—Y tanto Irene como Ruth tienen criterio musical —completó, sonriendo.

Sandra los miró alternativamente, aún aturdida.

—Bueno... Entonces... —empezó, pero las palabras no terminaban de salir de su garganta.

Ray, viendo su estado, la tomó por la cintura con cariño y depositó un suave beso en sus labios.

—Sí —afirmó en un susurro—. Está claro que, con este chico, los problemas de Black Records se van a terminar de una vez por todas —besó de nuevo a su mujer con algo más de energía y, acto seguido, sonrió a la otra pareja con alegría—. Chicos, compañeros, amigos: brindemos. Porque a partir de hoy, seremos lo que siempre quisimos ser.

TODO ES MENTIRA

La nieve caía con cierta pereza al otro lado del cristal mientras Ruth la contemplaba con el aburrimiento pintado en el rostro. A la vez que la maestra Morales se explayaba con los detalles de la importancia de una buena concentración a la hora de conjurar fenómenos meteorológicos complejos, la mente de la rubia joven divagaba más allá de los cristales. Al menos, hasta que un diminuto hilo de agua heladora empezó a caer sobre su coronilla. La muchacha se incorporó entonces a la velocidad de un resorte mirando a su alrededor, a la vez que se sentía enrojecer en cuanto comprobó que todos sus compañeros la miraban con mal disimulada hilaridad.

Ruth giró entonces el cuello para encarar la severa mirada de Layla Morales, Consejera en la Escuela de Madrid de la Casa de Urano y supervisora de la mayoría de las clases teóricas de Elemento Aire que se impartían en aquella. La otra maestra habitual de Aire, Andrea, trabajaba más en el Departamento de Seguridad y Espionaje, pero Ruth echaba de menos sus clases. Siempre eran una aventura y debía admitir, como hacía la señorita Linares, que ella era una alumna aventajada. De ahí que las clases de Layla, por otra parte, se le hiciesen eternas.

Sin embargo, los iris oscuros de su maestra auguraban un castigo mucho más largo que cualquiera de sus lecciones.

—Ruth... —pronunció lentamente—. ¿Puedo preguntar qué es eso tan interesante que atrae tu atención al otro lado de la ventana?

Ruth tragó saliva con fuerza. Otra cosa que la intimidaba de Layla Morales era su capacidad para hacer sentir pequeños e insignificantes a todos sus alumnos con apenas una frase.

—Estaba... Yo... Esto... —balbuceó antes de cerrar los ojos, respirar hondo y tratar de serenarse—. Quería comprobar si era capaz de intensificar la ventisca, si usted me entiende... —y al ver cómo los ojos de su maestra se entrecerraban en un gesto mezcla de irritación y suspicacia, se apresuró a aclarar—: Ahora mismo no hay nadie en el patio, y sería una buena práctica...

La muchacha calló, consciente de que había cometido un error en cuanto Layla se incorporó, apartándose del enorme escritorio en el que se había apoyado para dar la lección y aproximándose a ella lentamente. Cuando llegó a su altura, Ruth la miró como un conejillo asustado. “Porras”, se maldijo, “¿es que no eres capaz de mantener la boca cerrada?”, se recriminó a sí misma. Pero la expresión de Layla ahora no era de enfado, sino, más bien, de amable invitación a levantarse.

Ruth tomó su mano lentamente y se puso en pie.

—Vamos a ver, Ruth —la aludida tragó saliva—. ¿Puedes explicarme cómo pretendías realizar un conjuro de la Casa de Urano siendo una Hija de Mercurio, Virgo y de mayor ascendente Tierra que Aire para más señas, sin prestar ni la más mínima atención —la maestra recalcó a propósito las cinco últimas palabras— a la lección que instruye sobre ello y que estaba impartiendo hasta hace apenas unos segundos?

La acusación era bastante fuerte pero la muchacha, en vez de someterse y aceptarla, apretó los labios con el desafío propio de sus diecisiete años. Odiaba verse reprendida delante de toda la clase y aquel tono mitad burla, mitad reproche

que estaba utilizando su maestra, la sacó definitivamente de sus casillas. Ciertamente que había nacido en una de las dos Casas Mixtas Tierra-Aire, con más ascendencia del primer Elemento que del segundo, pero todos los alumnos alumbrados bajo los signos de Tauro, Géminis, Virgo o Libra estudiaban conjuros de ambos poderes, tratando de desarrollar su doble potencial lo máximo posible.

Por ello, sin un ápice de arrepentimiento, la joven clavó sus iris oscuros en los de su maestra y vocalizó lentamente, convencida:

—Porque sé que puedo.

Sin embargo, Layla no pareció amedrentarse, aunque Ruth creyó vislumbrar un destello indefinido cruzando por sus ojos oscuros antes de que la mujer se volviese de nuevo hacia la clase.

—Vamos todos a la azotea —indicó entonces la Hija de Urano, ignorando deliberadamente el escalofrío que recorría a la alumna que tenía detrás mientras se giraba para enfrentarla de nuevo—. Quiero comprobar si vuestra compañera es realmente capaz de hacer lo que dice con tanta seguridad.

Ruth se dio cuenta entonces de que había cometido un gravísimo error y que había metido la pata hasta el fondo. Por ello, trató de retroceder.

—¿Y... si no soy capaz? —preguntó de pronto.

Al fondo de la clase se escucharon algunas risitas burlonas que la joven se esforzó en ignorar mientras mantenía la vista clavada en su maestra. Pero Layla alzó la barbilla sin desdén desde su corta estatura y se limitó a devolverle la mirada con tranquilidad.

—Has dicho que podías —le indicó, al tiempo que Ruth creía volver a ver aquel peculiar destello en sus ojos—. Así que quiero que lo demuestres. Y si no puedes... Bueno, veremos

qué hacer para asegurarnos de que no vuelves a distraerte en mis clases —susurró junto a su hombro antes de darle la espalda y encaminarse hacia la puerta.

A un gesto de Layla mientras avanzaba, todos los demás alumnos se fueron levantando y la siguieron al exterior. Ruth se quedó un segundo clavada en el sitio, sin saber muy bien qué hacer ni cómo salir de aquel embrollo. Pero entonces, un leve empujón de Beatriz Sainz, su mejor amiga e Hija de Venus de ascendente Libra, que se sentaba en el pupitre contiguo, la devolvió a la realidad.

—En vaya lío te has metido... —la amonestó la otra chica, preocupada, pero después la observó con sus ojos marrones entrecerrados—. ¿En serio querías hacer lo que has dicho?

Ruth suspiró y puso los ojos en blanco.

—Claro que no —murmuró en su oído—, pero sabes que no puedo con estas clases —se encogió de hombros con abatimiento—. No sé, es como si...

Sacudió la cabeza con fuerza, sin saber cómo expresarlo, pero Beatriz la conocía demasiado bien.

—Que esto se te queda pequeño, ¿no es cierto? —completó con una sonrisa alentadora, a la vez que se pasaba un mechón de pelo claro por detrás de la oreja—. Ruth, mírame —le pidió. Cuando su amiga lo hizo, Beatriz le puso una mano en el hombro y clavó en ella una mirada decidida—. Todas tenemos sueños, y todas queremos llegar a ser grandes brujas y poder velar por la Humanidad como llevan haciendo generaciones antes que nosotras. No te frustres... —le recomendó—. Solo nos queda este año, intentemos aprovecharlo.

Ruth sonrió a su vez con cariño, relajada casi sin quererlo por el suave influjo del poder de la muchacha, y la abrazó con fuerza.

—Tú sí que eres una amiga...

—¡Ruth!

Layla ni siquiera había alzado la voz, pero gracias a sus habilidades de comunicación, la joven la escuchó sin problema. Por lo que, derrotada, se limitó a mostrar su disgusto en una mueca poco favorecedora para sus delicados rasgos antes de, obediente, separarse de su amiga y trotar hacia el pasillo donde su profesora las esperaba.

Sus compañeros ya habían subido por las escaleras del fondo del mismo hacia el tejado, solo faltaban ellas dos. Ruth inspiró con fuerza por la nariz antes de poner el pie en el primer escalón.

“Allá vamos”

En la azotea del pequeño aulario de la Escuela, el viento soplaba más de lo que parecía visto desde el otro lado de las ventanas, al calor de las aulas. A medida que iban saliendo por la gran trampilla, los alumnos iban tornando sus expresiones de aburrimiento en otras de disgusto y desagrado, las cuales se acentuaron cuando la rubia cabeza trenzada de Ruth apareció por el oscuro hueco abierto en el tejado. La muchacha trató de ignorar las miradas reprobatorias de sus compañeros, a la vez que se arrebujaba en su capa con forro de lana y seguía obedientemente a Layla Morales hasta el borde del tejado. Una vez allí, la maestra indicó a los demás que se acercasen y, cuando estuvieron todos reunidos alrededor de Ruth, la maestra alzó la voz.

—Alumnos, aquí tenéis una compañera que se permite el lujo de desatender en las clases porque se considera lo suficientemente poderosa como para controlar los fenómenos meteorológicos a su antojo. Cosa que solo los Hijos de Urano pueden hacer sin conjuro ni esfuerzo —se volvió hacia su alumna—. Así pues, Ruth, muéstranos lo que sabes hacer.

La joven respiró hondamente y alzó las manos. Sabía que lo que Layla decía era cierto. Una Hija de Mercurio de ascendente Virgo como ella no debería ser capaz de hacer aquello. Era de lo más difícil, cuando no imposible sin un esfuerzo máximo de concentración por parte de los magos que no habían nacido con los dones adecuados. Y ella se había tirado el pisto diciendo que era capaz de hacerlo sin que nadie se lo enseñara...

“Maldita seas, Ruth Álvarez”, se reprochó interiormente mientras cerraba los ojos para concentrarse. El conjuro para arreciar la nieve se había explicado en clase, pero ella apenas había prestado atención.

Sin embargo, apenas lo deseó, los fríos copos empezaron a revolotear a su alrededor con fuerza. En un instante, Ruth se obligó a abrir los ojos a la vez que intentaba mantener la capa cubriendo su cuerpo, y sus compañeros comenzaron a gritar al sentir cómo el viento se colaba bajo su ropa. Beatriz, por su parte, se abrazó a Ruth como si fuese la única de los presentes capaz de mantenerla a salvo.

Pero todo cesó con un simple gesto de la única adulta que se encontraba allí. La cual, cuando sus alumnos se hubieron recuperado del susto, se aproximó lentamente a Ruth. Esta observó con cierta sorpresa y orgullo mal disimulado cómo las manos de su maestra temblaban ligeramente, tan pálidas como su rostro. Y allí estaba: otra vez ese extraño reflejo. Ruth se preguntó de nuevo qué podría significar a la vez que un escalofrío de sospecha se apoderaba de su cuerpo.

—Todos adentro —ordenó Layla sin alzar la voz y sin dejar de mirar a la muchacha que tenía delante—. La clase se ha terminado. Y tú —en ese momento se dirigió directamente a Ruth— ve a la biblioteca y espérame allí.

—Pero...

—¡No admito discusión! —zanjó Layla sin brusquedad, pero en un tono lo suficientemente autoritario como para que

a Ruth no se le ocurriese replicar—. Obedece, aprendiza— le indicó acto seguido, recuperando el tono formal.

Al escuchar aquello, la joven asintió, temerosa, mientras agachaba sumisamente la cabeza y se daba la vuelta para entrar de nuevo en el edificio. Cuando todos se hubieron marchado, Layla fue la última en encaminarse hacia la trampilla, no sin antes dirigir una mirada al horizonte del sur, donde Madrid se recortaba bajo la fría neblina de la tarde. Las dudas habían anidado en su corazón tanto como la contaminación en el cielo de la capital y a la bruja se le antojaba igual de imposible desterrar tanto la una como las otras. No lo creía posible y, sin embargo, ahí estaba la prueba.

La bruja cerró los ojos y trató de hacer memoria. Cierto que no era la primera vez que Ruth hacía algo fuera de lo normal. Pero en este caso había sido tan repentino, tan fuerte...

Sacudiendo la cabeza para tratar de sacarse de la mente la imagen de una mujer rubia con ojos grises enturbiados por una tormenta interior, Layla Morales se adentró de nuevo en el cálido pasillo del segundo piso de la mansión y sus pasos la encaminaron directamente a la planta baja.

Había alguien con quien tenía que hablar.

El chico abrió los ojos despacio, perezosamente. El calor de las mantas y la suave claridad que entraba por entre las cortinas habían conseguido sumirlo en un sueño tranquilo por primera vez en mucho tiempo; pero no era el momento. Desorientado, se incorporó y miró el reloj de la mesilla, saliendo de la cama de un salto en cuanto vio la hora que era.

—Las siete de la tarde... —musitó, alarmado—. Las clases...

A toda prisa, se calzó y salió disparado de la habitación, casi tropezando con quien pasaba en ese instante por allí. A tiempo se detuvo para no arrollar a la joven pelirroja y alta que, sobresaltada, se apartó de un salto y se pegó a la pared contraria.

—¡Víctor! —gritó, llevándose una mano al pecho—. Pero, ¿se puede saber qué diantre te pasa?

El joven alzó la cabeza por fin y la miró directamente. Como siempre, la respiración se le cortó de inmediato. Y es que era tan guapa...

—I... Irene —farfulló—. Yo... yo... Lo siento mucho, no iba mirando...

El semblante de la muchacha se relajó, y se acercó a él.

—¿Qué te ha pasado? Pareces muy alterado, primo.

El chico intentó evitar su mirada para responder.

—Me he quedado dormido...

Su risa franca solo hizo que enrojeciese más, pero Irene no quería burlarse de él. Simplemente, le hacía gracia aquel muchachito. Y eso que apenas se llevaban un año. Mientras que ella, a pesar de haber nacido prematura —o al menos eso le habían contado sus padres— se había desarrollado increíblemente, Víctor aún era un jovencito esmirriado al que tardaba en llegarle el estirón. Pero quizá por eso y por el parentesco, Irene le tenía cierto cariño.

—No te rías —se defendió él acto seguido, algo molesto—. Llevo varios días sin dormir bien y, bueno, quería echarme una pequeña siesta para seguir estudiando y después ir a clase, pero...

Irene hizo un gesto vago con la mano para dar a entender que lo había captado mientras ponía los ojos en blanco.

—Sí, ya sé por dónde vas... Deberías descansar un poco, eso te lo reconozco. ¡No paras de estudiar un segundo! —se escandalizó sinceramente.

A lo que Víctor respondió con una sonrisa sarcástica.

—Yo que tú invertiría más horas en estudiar, Irene... No creo que la tía Cora te pase otra como la de este verano...

Irene frunció el ceño y torció el gesto ante la mención de su madre.

—No me des la paliza, Víctor, por favor —gruñó antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo—. ¡Bastante tendré con aguantarlos esta noche! —gritó antes de desaparecer por una esquina.

Su primo se quedó de nuevo solo en el pasillo, sintiendo cómo la luz natural desaparecía progresivamente y daba paso a una penumbra aliviada por el encendido espontáneo de las lámparas de aceite que poblaban las paredes. Con un suspiro, cogió el macuto, cerró la puerta tras de sí y se encaminó hacia la salida del edificio.

Los dormitorios de los alumnos se encontraban rodeando la mansión principal, una imponente estructura que albergaba las zonas comunes, la biblioteca y los dormitorios de los Consejeros, sus profesores. Y a pesar de que apenas veinte metros separaban su “barracón”, como algunos de sus compañeros lo llamaban, de la puerta de aquella, el golpe de frío que lo recibió nada más trasponer el umbral del mismo y la capa de casi medio metro de nieve en la que se metió casi sin darse cuenta, solo consiguieron acicatear sus pasos y empeorar su humor, todo en uno.

Cuando por fin consiguió entrar en el enorme recibidor, se sacudió las botas discretamente en el felpudo y avanzó hacia las escaleras. Según contaban sus maestros y en especial Rebeca Fuensanta, la Hija de Saturno responsable de impartir las clases de Historia, la mansión en la que ella y sus compañeros se habían educado era aún más grande que aquella. Durante quince años habían intentado ampliarla y mejorarla para que se asemejase a la antigua Escuela de Madrid, pero a la mujer se

le llenaban los ojos de lágrimas al llegar a aquel punto y Víctor nunca había llegado a saber a ciencia cierta si al final habían logrado su objetivo o no.

Aún sumido en sus pensamientos, se encaminó como un autómatas hacia la biblioteca; conocía el camino con los ojos cerrados. Pero, al llegar, se sorprendió al comprobar que no estaba vacía.

Su hermana Ruth, sentada sobre la esquina de una de las enormes mesas de roble, alzó la cabeza al oírlo entrar y su mirada se iluminó. Sin embargo, la sonrisa murió en sus labios cuando observó que Víctor la miraba de forma muy crítica.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber él.

Ruth torció el morro.

—¿Qué pasa, enano? ¿Es que eres el dueño de este lugar? —lo provocó con sorna—. La biblioteca es de todos...

—Deja de hacerte la remilgada —contraatacó él sin maldad aunque con cierto enfado—. La biblioteca será de todos, pero sirve fundamentalmente para estudiar, algo que no veo que estés haciendo precisamente ahora...

Ruth abrió la boca, incrédula por la actitud belicosa de su hermano menor. Pero no le dio tiempo a responder porque, en ese instante, la puerta se volvió a abrir.

Dando paso esta vez a Layla Morales.

COSAS DE LA EDAD

—Hola, Ruth. Víctor, ¿qué haces aquí? —preguntó la maestra con cierta incomodidad mal disimulada.

La joven seguía mosca por aquel repentino cambio de actitud desde lo sucedido en la azotea, pero no hizo ni media alusión al respecto. Principalmente, porque ni ella misma estaba segura de lo que había sucedido. El muchacho, por su parte y de inmediato, echó una mirada en derredor como si la respuesta fuese obvia.

—Venía a estudiar —repuso. Y al ver que Layla se había detenido en el umbral de la biblioteca y seguía mirándolos alternativamente, agregó—. Los exámenes se acercan...

—Sí, sí. Lo sé —repuso entonces la maestra del Aire con rapidez, a la vez que avanzaba y cerraba definitivamente la puerta tras de sí—. Es solo que esperaba poder hablar con tu hermana a solas, si puede ser.

Víctor se volvió hacia Ruth, con la sorpresa rutilando en sus ojos grises.

—¿Qué has hecho? —le siseó.

—Nada que te importe —rechinó ella en el mismo tono, desafiándolo con la mirada.

Víctor resopló, pero no se dio por vencido. Mientras tanto, la mayor de las dos maestras Morales había alcanzado a la pareja de adolescentes.

—¿Le importa si me quedo, maestra? —preguntó el chico con exquisita educación—. Quiero saber en qué se ha metido mi encantadora hermana mayor esta vez...

Ruth se quedó boquiabierta. ¿Cómo demonios se atrevía Víctor a...? Pero la mirada de Layla no parecía jugar precisamente a su favor y la muchacha se descorazonó totalmente cuando su maestra hizo un breve asentimiento con la cabeza. Lo que no vio Ruth fue la resignación que impregnaba cada milímetro de ese gesto.

—Está bien —accedió la mujer—. Es posible que, a pesar de lo responsable que eres, saques algo en claro de todo esto...

“O me ayudes a mí a hacerlo”, pensó para sus adentros la bruja adulta mientras el esmirriado jovencito se sentaba en el banco que había junto a su hermana. La verdad era que Víctor era un estudiante prometedor y en algo más de tres años terminaría sus estudios con unas notas muy elevadas, a Layla no le cabía la menor duda. El problema residía en qué ocurriría si algún día se enteraba del inmenso poder que atesoraba en su interior, debido a la herencia de sus padres...

Pero no era el momento de hablar de ello y mucho menos de revelárselo. Tenía que regañar a Ruth por su comportamiento, pero también debía andarse con pies de plomo. No podía escapársele nada, lo había prometido como todos los demás. Así que, con un suspiro, irguió los hombros y encaró a la muchacha desde su metro cincuenta y cinco de estatura.

—Sabes que no me gusta tu actitud desde hace tiempo, Ruth —comenzó—. En mis clases estás distraída y a veces no haces nada por disimularlo. Sé que no eres Hija de Urano, ni tampoco de ascendiente Aire y, probablemente por ello mis clases, siendo obligatorias para una Casa Mixta como la

tuya, te resulten algo insulsas. No, no digas nada —cortó sin violencia cuando comprobó que su alumna iba a replicar—. Sé que te encantaría estar todo el día ayudando a An... a la maestra Linares, que además es de tu misma Casa —se corrigió rápidamente. Solo los Consejeros llamaban Andie a Andrea Linares, y no era un elemento que pudiese introducir a la ligera en una reprimenda—; pero debes conocer todos los fundamentos de la magia antes de diplomarte como bruja. Ella también pasó por lo mismo que tú —le advirtió a la muchacha al ver que fruncía el ceño—. No obstante... —prosiguió—, lo que no me explico... Es cómo has hecho lo de esta tarde.

Ruth notó cómo palidecía intensamente. ¿Acaso la maestra Morales pensaba que ella lo sabía? No tenía ni la menor idea de qué había sucedido en la azotea. De hecho, había asumido que después de todos sus desplantes adolescentes en clase —Layla tenía razón, llevaba mucho tiempo desafiándola abiertamente— aquella sería la humillación definitiva. Y Ruth se había decidido a agachar las orejas... Pero ahora... ahora... Tragó saliva. ¿Qué podía hacer?

—¿Qué ha hecho exactamente?

Víctor repitió su primera pregunta, dándole tiempo a Ruth para pensar y desviando la atención de Layla Morales hacia él, cosa que la joven agradeció. La maestra, por su parte, mostraba un gesto indefinido. Mezcla de nerviosismo y preocupación. Y quizá un destello en sus iris oscuros de... ¿miedo? Víctor no sabría decirlo. Un Hijo de Venus lo hubiese sabido con los ojos cerrados, pero uno de Mercurio como él... “La maldición de nacer en la misma Casa que tu hermana”, pensó con cierta ironía. Así que, disimulando su impaciencia a duras penas, Víctor aguardó la respuesta.

—No... No lo sé, maestra —repuso entonces Ruth en un hilo de voz, claramente avergonzada—. La verdad es que jamás pensé que sería capaz de... Detener una tormenta de nieve.

Víctor no se hubiese quedado más atónito si su hermana hubiese dicho que hacía malabares con bolas de fuego. Lentamente, giró la cabeza para enfocarla directamente, pero el rostro de Ruth estaba enterrado en una cascada de pelo rubio y Víctor no podía ver las emociones que cruzaban por él. Además, entre miembros de una misma Casa, usar los poderes sobre otro compañero estaba estrictamente prohibido sin consentimiento tanto entre estudiantes como entre magos diplomados, salvo necesidad de defensa. Así que el muchacho optó en este caso por alzar lentamente la vista hacia la bruja que aún permanecía de pie frente a ellos, mirándola interrogante. Esta, al comprobar la agitación de su alumno, suspiró y se sentó.

—Escuchadme. Los dos —les pidió. Víctor pareció desinflarse de golpe y Ruth alzó la cabeza para observar a su maestra tímidamente desde detrás del flequillo. Layla no sabía muy bien cómo hacerlo, pero tenía que soslayar el tema de su ascendencia sin desmoralizarlos ni confundirlos más. Por ello, al final, se decidió por una opción prudente—. Los dos sois buenos chicos, y ambos tenéis un gran poder en vuestro interior. Pero si no atendéis en clase, si no queréis aprender, nunca llegaréis a desarrollarlo del todo. Y creedme que eso me preocupa mucho.

“Más de lo que creéis”

—Pero, ¿por qué? —quiso saber Ruth, sorprendida porque aquel repentino halago procediese de una de las maestras más estrictas de aquel lugar—. ¿Quiénes somos?

Lo había preguntado sin ápice de ironía ni sarcasmo, pero Layla no pudo evitar que un escalofrío recorriese su espina dorsal antes de tragar saliva disimuladamente.

—Sois Hijos de Mercurio —repuso, procurando que la voz no le temblase por los nervios—. Y como tales llegaréis a ser miembros de la Comunidad Mágica Internacional, como

Andrea Linares o Anya Steinbeck antes que vosotros. Pero para ello, tenéis que estudiar...

Lo último fue casi una súplica, pero los dos hermanos parecían convencidos.

—Supongo que no querréis que tomemos el camino fácil... ¿No? —aventuró Víctor entonces.

Layla fijó sus ojos oscuros en él. ¿Cómo era posible que él supiera... sobre aquello?

—No, en efecto —repuso la maestra en voz baja—. No queremos que toméis ese camino. Ninguno de vosotros.

El último plural se refería a todos los alumnos de la Escuela, y probablemente a todos los magos que la habitaban. Era un tema espinoso que llevaba de cabeza a toda la Comunidad Mágica desde hacía algo menos de tres lustros, pero apenas se comentaba en voz alta delante de los alumnos. Pero Víctor era uno de los jóvenes más inteligentes de la Escuela y, como pocos, habría sumado enseguida dos y dos.

Por su parte y sin decir nada, Ruth se pasó en ese instante el pelo por detrás de las orejas y se retorció las manos con cierto nerviosismo. Layla contuvo una sonrisa. Cómo se parecía a su madre...

—Maestra, siento mucho no haber prestado atención en sus clases —se disculpó entonces la muchacha de corrido para sorpresa de la mujer—. De ahora en adelante, prometo que me aplicaré —alzó la cabeza hacia Víctor— con la ayuda de mi hermano.

Este se sintió ligeramente emocionado por aquella declaración, pero tampoco estaba seguro de que Ruth fuese a cumplir su palabra. Para eso era casi tan vaga como Irene... Irene. Sus pensamientos se desviaron sin quererlo hacia su guapa prima. ¿Cómo podía no ver lo que él sentía por ella? Una sonrisa bobalicona comenzó a asomar a su rostro, pero

un carraspeo de Layla Morales lo devolvió rápidamente a la realidad y el muchacho sintió cómo enrojecía a la misma velocidad. Lentamente, se giró para empezar a sacar sus apuntes del macuto y a dejarlos sobre la mesa, evitando así cruzar su mirada nuevamente con la de Layla; y Ruth, por su parte, se incorporó y se apartó de la mesa.

—Maestra, ¿puedo irme ya? —preguntó, insegura.

Layla apartó la vista de Víctor, al que había estado observando con curiosidad desde que su mirada se había perdido en la lejanía, y la alzó para observar a su alumna.

—Sí, claro —contestó con una extraña amabilidad mientras se levantaba. A Ruth le escamó todavía más aquella actitud tan cordial, pero prefirió morderse la lengua. Otra vez—. Vamos, yo también tengo asuntos que resolver... Hasta luego, Víctor.

—Adiós, Ruth. Adiós, Maestra— repuso él sin apenas levantar la vista de los libros.

Layla suspiró y meneó la cabeza. Adolescentes... “¿Cuántos años hace que yo pasé por lo mismo?”, pensó con cierta nostalgia divertida mientras salía al oscuro pasillo. Ruth caminaba a su lado, cabizbaja y pensativa, y el pensamiento que llevaba rondando a su maestra desde hacía varios minutos cobró fuerza en su mente. Tenía que hablar con alguien muy seriamente. Alguien de la misma Casa que aquella chiquilla.

Y Layla sabía de sobra dónde encontrarla.

Ronnie entró por la puerta del barracón sacudiéndose con fuerza la nieve que empapaba sus botas negras. En Madrid apenas habían caído cuatro copos; pero claro, allí, a casi mil metros de altitud sobre el nivel del mar y con aquel frío polar

de diciembre, lo raro era que no nevase un par de veces o tres durante el invierno.

Con cuidado, se acomodó la guitarra al hombro y se encaminó a su habitación, pero una sombra se interpuso en su camino. Ronnie se sobresaltó al principio, pero enseguida se relajó y una sonrisa seductora afloró a sus labios en cuanto vio de quién se trataba.

—Buenas, señorita —la saludó con su particular forma de marcar las “erres” al tiempo que se aproximaba. La joven se quedó apoyada en la pared, con los brazos cruzados—. ¿No deberías estar arreglándote? Esta noche hay una fiesta importante.

Pero Irene no parecía muy entusiasmada con la idea, lo que demostró poniendo los ojos en blanco.

—Sí, ver a mis padres y celebrar con ellos y mis tíos mi quince cumpleaños... Qué planazo... —rezongó—. Por cierto, ¿qué tal te ha ido con ellos?

Ronnie soltó una risita confiada.

—Creo que les ha encantado... Como a ti —ronroneó a escasos centímetros de su rostro.

Irene sonrió con chulería y le siguió el juego. Se moría por ganar aquel botín...

Pero alguien no estaba de acuerdo y así lo demostró el grito procedente del fondo del corredor.

—¡¡TÚ!!

Irene y Ronnie se separaron con brusquedad, al tiempo que Ruth se aproximaba a grandes zancadas. Cuando llegó a su altura, antes de que la pareja pudiese reaccionar, la rubia joven agarró a su prima por los hombros y la empujó violentamente contra la pared.

—¡Maldita hija del Inframundo! —aulló—. ¡Aléjate de él!

—¡Ruth, para, por favor! —suplicó Ronnie, alarmado, mientras tiraba de ella hacia atrás.

Pero la muchacha se zafó con brusquedad y le dirigió una mirada de odio intenso.

—Tú no te metas...

—Pero, ¿se puede saber qué te pasa? —quiso saber él, molesto, y acto seguido se volvió hacia Irene, que se frotaba los hombros doloridos sin perder de vista a su prima...

Y rival por la atención de aquel bombón de cabello castaño claro casi rubio y ojos claros como el cristal. El halo dorado que rodeaba sus pupilas lo hacía aún más deseable y, por ello, ninguna de las dos jóvenes se había podido resistir a su encanto desde que pisó la Escuela por primera vez, tres meses antes. Un estudiante de intercambio noruego que probablemente se marcharía tres meses después. Y antes de eso, una de las dos lograría estar con él. Era su único objetivo. El de ambas.

Ruth alzó la barbilla con desafío cuando el joven preguntó.

—¿Acaso quieres estar con esa vaga pretenciosa que se dedica a seducir a todo miembro viril de esta institución? —rechinó con veneno en la voz mientras volvía la mirada hacia Irene.

Esta, por su parte, no iba a quedarse callada. Y tenía la baza perfecta en la mano por lo que, mientras se erguía y se aproximaba descaradamente a Ronnie, repuso:

—Ajá, ya veo... Así que, Ronnie... ¿Te habías decidido por este bicho raro, alguien que no es capaz ni siquiera de saber cuáles son los poderes de su Casa? —Ruth sintió como si un cuchillo se clavase en su corazón ante aquellas palabras. ¿Cómo lo sabía? Pero su prima no pensaba detenerse ahí—. ¿Alguien que quiere tenernos a todos engañados, haciéndonos pensar que es una Hija de Mercurio... cuando en realidad su protector es Urano? —y al ver la mirada de alarma que le

lanzaba Ruth, Irene se decidió a dar el remate final—. ¿Qué pasa Ruth? Aquí las noticias vuelan —se acercó a ella y la acorraló contra la ventana sin que la muchacha, dos años mayor pero de su misma estatura, pudiese evitarlo—. Solo eres una alienígena.

Ruth sentía que no podía aguantarlo más. Estaba claro que Ronnie ya había escogido y las palabras de Irene solo reforzarían su amor por ella. Ruth se sentía, tal y como había dicho Irene, un bicho raro. Alguien que no pertenecía a aquel lugar.

Así que, con lágrimas en los ojos, empujó de nuevo a su prima para librarse de ella y acto seguido salió corriendo del barracón.

En cuanto desapareció de la vista, una satisfecha Irene se volvió sonriendo hacia Ronnie, dispuesta a retomar el flirteo donde lo había dejado. Pero se quedó helada al ver la mueca de desprecio que le dirigía él.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella, quizá con más rudeza de la necesaria—. Te he librado de esa pelma... ¿Por qué me miras así?

Irene empezaba a preocuparse por la actitud del chico. Permanecía quieto como una estatua, con sus ojos azules y dorados clavados en ella. Pero en cuanto le hizo la última pregunta, él avanzó en su dirección. La muchacha retrocedió instintivamente antes de que su espalda chocase sonoramente contra la pared. Entre dos enamorados, aquello podría haber parecido un juego íntimo, pero la mirada de Ronnie distaba de ser amistosa, no digamos ya amorosa.

Cuando se detuvo frente a ella, con los labios a apenas dos centímetros de los suyos, Irene reprimió un escalofrío.

—No tienes vergüenza —le espetó él entonces con una rabia que heló la sangre de la joven.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —susurró ella, confundida.

El rostro de Ronnie se tensó apenas un instante antes de que el joven se apartase de ella, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—La familia, sea por el motivo que sea, no debe ser nunca motivo de humillación —vocalizó este con frialdad—. Francamente, Irene, te hacía de otra pasta.

Y ante el estupor de la muchacha, el objeto de sus desvelos le dio la espalda y desapareció en el interior de su habitación dando un portazo.

TE DESAFÍO

Ruth salió del barracón con los ojos inundados de lágrimas. En cuanto lo hizo, una ráfaga de viento helado casi logra tumbarla, pero la desolada muchacha no sentía el frío. No notaba las botas empapadas ni percibía el vendaval que se había desencadenado a su alrededor. Solo necesitaba un refugio donde dar rienda suelta a su amargura. Y su habitación no le servía por motivos evidentes.

El cielo estaba encapotado y las nubes se arremolinaban cada vez más, amenazando con descargar una nueva tormenta de nieve para aquella noche. Ruth ni siquiera se paró a pensar en tratar de detenerla. Probablemente, ni siquiera hubiese podido hacerlo en su estado. El estómago se le encogía a medida que los pensamientos negativos iban cayendo como bombas sobre su conciencia. “No soy una Hija de Mercurio. Me han engañado todo este tiempo. No puedo serlo y, si no, algo no cuadra. No soy una buena bruja”, sollozó para sus adentros. “Y, además, Ronnie me desprecia. Soy una vergüenza”.

El viento arreciaba cada vez más fuerte y Ruth pensó durante un instante en dejarse caer en la nieve y olvidarse de todo. Pero, como por arte de magia, la puerta de los establos apareció de golpe frente a ella. Y la muchacha se metió en el interior sin dudarle un segundo, cerrando tras de sí con fuerza.

Irene no estaba segura de cuánto tiempo había pasado sentada en aquel frío pasillo. En cuanto Ronnie se había ido, las rodillas le habían fallado y había caído sentada en el suelo, contra la pared. Pero, por algún extraño motivo, ni lloraba ni tenía ganas de levantarse. Se encontraba totalmente paralizada, sin saber a ciencia cierta qué acababa de suceder unos minutos antes.

—¿Cómo es posible? —se preguntó en voz baja—. ¿Cómo es posible?

Ruth y ella llevaban peleando por aquel muchacho desde que había llegado. Su educación, su elegancia y aquella forma de tocar la guitarra habían encandilado por completo a las dos primas. Lo cual, a su vez, les había convertido en enemigas mortales.

Cierto era que nunca se habían llevado muy bien: Ruth era dos años mayor, elegante, presumida y tenía mil amigos en la Escuela. Sin embargo, Irene siempre había tenido un carácter más... peculiar. Dentro de que era bastante sociable, la ironía y el sarcasmo parecían rasgos inherentes a ella cada vez que abría la boca; lo cual, la mayoría de las veces, conducía a que la gente se diese la vuelta unos segundos después de haber entablado conversación. Todos... salvo Víctor.

Irene cerró los ojos con fuerza. Eso sí que era algo que todavía le costaba asumir. Ciertamente su primo había tratado de disimular todo lo posible cada vez que se encontraba con ella, pero Irene no era tonta. Sabía perfectamente lo que él sentía. Y cierto que era un chico majo a pesar de ser tan escuchimizado, pero... ¡Por los Dioses! ¡Que eran primos! La muchacha sacudió la cabeza para tratar de sacárselo de la mente. Se le pasaría algún día, seguro. Y ella procuraría asegurarse de ello.

Sus pensamientos volvieron enseguida a Ronnie, a la vez que una mueca angustiada cruzaba por su rostro. ¿Qué iba a hacer?

Miró la puerta del dormitorio de este, siendo dolorosamente consciente de que la compartía con Víctor... ¡Otra vez! “¡Deja a Víctor fuera de la ecuación, mujer!”, se recriminó. El joven noruego no quería verla, razonó a continuación. No después de lo que le había dicho. Pero, sin embargo...

La luz se encendió en su mente a la velocidad del rayo. ¡Claro, eso era! Tenía que disculparse con Ruth. Cierto que no le hacía demasiada gracia, pero si conseguía hacer las paces con ella y admitir su error, podía ser que Ronnie se volviese a fijar en ella y se diese cuenta de que era una buena persona. La candidata perfecta para compartir a su lado los tres meses que le quedaban en la Escuela... O más.

Con una sonrisa animada que le cambió la cara en una milésima de segundo, Irene se incorporó de un salto, entró a su cuarto a la carrera y cogió la cazadora. Acto seguido, se dirigió a grandes zancadas hacia la salida del barracón. Su corazón latía entre la excitación de reconciliarse con Ronnie y la desgana de hacerlo con su prima. Para lo cual, antes tenía que encontrarla, comprobó al salir y ver la cantidad de nieve que lo cubría todo hasta donde alcanzaba la vista. ¿Dónde...?

Una serie de huellas casi borradas por el vendaval le dio la pista que necesitaba seguir. Lentamente, Irene se encaminó hacia lo que se le antojaba el trago más amargo de su vida. “El que algo quiere, algo le cuesta”, se recordó antes de alzar la mano hacia el picaporte metálico de los establos. Estaba congelado, pero Irene apenas se percató de ello mientras empujaba la pesada puerta de madera remachada.

En el interior, una ráfaga de aire caliente con olor a caballo la recibió con fuerza e Irene se dejó imbuir de aquel aroma. A cualquier otro le parecería de lo más desagradable. pero para ella era como un recuerdo lejano. Algo que ya se ha desdibujado en la mente, pero te hace sentir bien solo con pensar en ello. Sin embargo, su deleite se transformó en un nudo en el estómago cuando vio la

figura que se incorporaba unos metros más allá junto a la puerta de uno de los boxes. Sus ojos oscuros brillaban bajo la luz de las antorchas mágicas que, dispersas aquí y allá, alumbraban la estancia. Aunque la estructura del edificio era de madera, aquellas luces no tenían llama como tal, por lo que permitían iluminar el recinto sin riesgo de incendio. En cuanto cerró tras de sí, Irene dio un par de pasos cautelosos hacia su prima.

—Hola, Ruth.

La interpelada entrecerró los párpados.

—¿Qué haces tú aquí? —resopló con evidente enfado.

Irene alzó las manos en señal conciliadora, a pesar de que una parte de su cerebro le sugería darle un puñetazo en toda la nariz a aquella presuntuosa por haber querido arrebatarse a su amado. Apretando los dientes, la joven pelirroja trató de serenarse.

—He venido a pedirte perdón —expuso lentamente—. No he debido tratarte así delante de Ronnie.

Ruth se la quedó mirando, perpleja. Irene imaginaba que, jamás en la vida, su prima hubiese esperado aquello. Y ella lo único que deseaba era que pasase lo antes posible para ir a contárselo a Ronnie. Pero la risotada seca que soltó su prima unos segundos después la convenció igual que un jarro de agua fría de que, hiciera lo que hiciese, su objetivo no se cumpliría tan fácilmente.

—¿Qué pasa? —se enfadó Irene—. He venido a disculparme, no sé de qué te ríes.

Ruth le dirigió entonces media sonrisa de suficiencia.

—Querida Irene —susurró con falsa candidez—, eres como un libro abierto. ¿No te lo han dicho nunca?

Y, de pronto, la muchacha pelirroja cayó en la cuenta. Su prima era una Hija de Mercurio. Claro que lo era... “Serás idiota”, pensó mientras un sudor frío bajaba por su espalda.

Ruth, por su parte, ensanchó su sonrisa hasta casi convertirla en una mueca malévola.

—Tus pensamientos se escucharían hasta en Madrid, querida prima —siseó la chica rubia mientras se acercaba a la aludida con aire triunfal—. No vienes a pedirme perdón... Vienes a pretender que Ronnie piense que eres una santa, para que así te meta en su cama. Pero no eres más que una mocosa que cree suyo todo lo que ve, toca, ¡y pisa!

Ruth se había ido acercando progresivamente a su prima con cada palabra que daba, paso a paso, hasta llegar a su altura. Y con la última frase, echó mano al colgante que Irene llevaba siempre al cuello —un pentáculo de oro regalo de su madre— y tiró con fuerza del mismo, lanzándolo lejos. Con aquello pretendía dar rienda suelta físicamente a su frustración y, de paso, fastidiar a la pelirroja. Sabía que no era capaz de vivir sin aquel colgante, no se lo quitaba nunca.

Por supuesto, Irene se echó una mano instintivamente a la garganta en cuanto sintió la falta del metal, sorprendida y a la vez furiosa. Pero Ruth pareció conforme con su reacción, porque se apartó unos centímetros antes de espetarle:

—Ronnie es mío. Que te quede claro... Mocosa.

La otra muchacha se quedó quieta como una estatua mientras su prima se retiraba y se daba la vuelta para alejarse por el pasillo que se abría entre las cuerdas. Pero se percató en un instante de que ya no sentía miedo... sino algo muy distinto. Lentamente, notaba que a cada paso que daba su prima, su ira crecía. Nunca había soportado que Ruth la hiciese de menos por ser mayor con aquel apelativo... “Mocosa”. Y ahora pretendía quitarle a la única persona que parecía prestarle verdadera atención en aquella Escuela. Pues no lo iba a conseguir. Por los poderes del mismísimo Júpiter que atesoraba en su interior que no iba a ser así.

—Ruth... —la llamó en un susurro.

Su prima se detuvo al escucharlo y se volvió, intrigada. Algo había cambiado en la actitud de Irene, lo percibía, pero no estaba segura de qué era y aquello le dio muy mala espina; aún más cuando vio que su prima alzaba las manos en su dirección y un brillo azulado empezaba a rodear sus dedos. La joven rubia comenzó a sudar sin pretenderlo. Tenía que salir de allí. Irene la atacaría sin dudar y más después de todo lo que había sucedido aquella tarde. Los rayos empezaban a entrelazar los dedos de las manos de Irene, brillando cada vez más y chisporroteando desagradablemente.

—Irene, por favor —suplicó Ruth, súbitamente aterrada—. Por favor...

Sin embargo, a su prima se le había terminado la paciencia.

—No me dejas otra opción —masculló mientras liberaba la bola de energía que había creado.

Ruth, por su parte, reaccionó instintivamente. Cerró los ojos, alzó las manos y murmuró un conjuro protector que se alzó ante ella en un segundo. Pero el impacto nunca llegó a su destino.

Sino que el establo entero estalló en llamas en un segundo.

Ruth alzó la vista, sorprendida al notar el intenso calor, pero a tiempo para saltar y apartarse de una viga que caía sobre su posición en ese instante. Sin embargo, al hacerlo se golpeó la cabeza contra la madera de una puerta cercana que algún imprudente había dejado abierta, perdiendo el conocimiento. Por ello, en ningún momento escuchó los relinchos asustados de los animales... ni los gritos desesperados de la única causante de aquel desastre.

La cual, en cuanto vio caer a su prima al suelo corrió hacia ella e intentó despertarla, olvidado ya todo rencor, sin perder de vista en ningún momento el tejado en llamas que amenazaba con venirse abajo de un momento a otro.

SOSPECHA

La pantalla parpadeó un instante, indicando que había llegado un mensaje nuevo. Andrea Linares frunció el ceño y se preguntó quién podía ser en aquellas fechas. “¿Una felicitación de Yule¹? No creo”; pensó con ironía, al menos, no si la bandeja de entrada era la del dispositivo de rastreo y no la de su teléfono mágico personal.

Con desgana, dejó de nuevo la capa sobre el respaldo de la silla y golpeó suavemente el holograma con la punta del dedo índice de la mano izquierda. Al instante, una cabeza morena de cabello corto pero femenino, apareció sobre la superficie y recitó su mensaje.

“Hola, Andie. Soy Anya. Los susurros de la selva continúan flotando sobre los mandriles. Pronto se abrirá el claro. Que los Dioses te protejan”.

El mensaje terminó, y la Hija de Mercurio gruñó con irritación mientras se guardaba el dispositivo en un bolsillo. Los informes en clave de Anya nunca habían sido muy precisos, pero últimamente parecía que los había mirado un tuerto.

¹ Festividad de origen nórdico celebrada el 21 de diciembre, solsticio de invierno. Para Los Hijos de los Dioses es una de las ocho festividades más importantes del calendario.

Cada zona geográfica de la Tierra constaba, para los diferentes grupos de espionaje de Hijos de Mercurio distribuidos a lo largo y ancho del mundo, con un nombre en clave correspondiente a una especie de simio o pro-simio; ya que el animal totémico de la Casa era el mono, así resultaba más sencillo. Y cada equipo, por lo general, contaba con unas claves indescifrables para el resto. Aunque si se trataba de investigar a otros grupos de Mercurio, la cosa se complicaba. Y aquello era exactamente lo que a Andie le preocupaba en ese momento.

El sonido de una puerta abriéndose despacio a sus espaldas desvió sus pensamientos como un acto reflejo hacia su inesperada visita, pero se relajó en cuanto adivinó quién era.

—No traes buena cara —opinó sin volverse.

Layla Morales, por su parte, hizo caso omiso del comentario y se apoyó en el borde de la mesa de búsqueda, una enorme estructura metálica plagada de pantallas holográficas e iconos a cada cual más diverso. En el centro de la misma se desplegaba un mapamundi de casi tres por dos metros, sobre el cual aún parpadeaban algunos puntos: las “zonas calientes” del planeta sobre las que la Escuela tenía especial interés por algún motivo. Pero Layla prefería interesarse por esos temas en las reuniones del Consejo; ahora tenía algo más importante que comentar con su compañera.

—Tú tampoco la traerías si hubieras visto lo mismo que yo —murmuró con la mirada perdida en el fondo de la sala.

Andie volvió la cabeza de inmediato e intentó captar su mirada sin éxito. Resoplando, se dio por vencida.

—¿Ruth? —intuyó.

No le gustaba entrar en la mente de sus compañeras de Consejo, pero a veces, era un hábito que no podía reprimir. Suerte que Layla lo conocía y sabía esquivarlo. Sin embargo, Andie había dado en la diana sin esfuerzo; a un Hijo de Mercurio

no le solía hacer falta ver para oír... aunque la información no fuese tan completa en el segundo caso.

—¿Qué ha pasado? —presionó un poco más.

Layla meneó la cabeza, insegura.

—Ruth es de tu Casa. En eso estamos de acuerdo, ¿verdad?
—Andie hizo un vago asentimiento, animándola a proseguir. Su compañera inspiró profundamente—. Bueno, pues explícame cómo consigue hacer conjuros de otras Casas sin despeinarse.

—¿La tuya en concreto? —preguntó Andie con cierta sorna.

—Sí —repuso Layla con enfado—. Y no tiene ninguna gracia.

La otra bruja suspiró y desvió la mirada.

—No, tienes razón, no la tiene —admitió—. Pero todos sabemos de quién es hija...

—Andie, dejó de tener esos poderes hace mucho tiempo...
—adujo Layla—. Y hasta ahora no me había preocupado porque... Bueno, nunca se había salido del molde —la bruja tragó saliva y concluyó en un susurro ligeramente asustado—. No sé si me explico...

—Lo sé, Lay —repuso la otra mujer con calma—. Pero reitero que, siendo quienes son sus padres, ya sabíamos que sus poderes no iban a ser... Exactamente los esperados.

Layla arqueó una ceja escéptica.

—No hay teoría que respalde eso —alegó con cierta frialdad.

La Hija de Mercurio se volvió hacia ella.

—Quizá aún no —contestó sin pestañear—. Pero tampoco se han dado muchos casos hasta ahora como el que se nos plantea... ¿No crees?

La bruja de Urano supo que Andie había dado totalmente en el blanco, y se desinfló. No tenía argumentos para rebatírsele, pero eso no hacía que disminuyera su preocupación. Su

compañera volvió a fijar la vista en el mapa que tenía delante; trataba de disimular, pero una mueca pensativa contraía su rostro, al igual que el de Layla.

—¿Y qué hacemos? —preguntó esta, al cabo de unos minutos.

Andie la miró entonces a los ojos y la Hija de Urano no se resistió, sabiendo lo que su compañera pretendía. Tras observar sus recuerdos durante unos minutos —más brillantes y coloridos de lo normal debido a las intensas emociones que llevaban asociadas por parte de su portadora—, la maestra Linares apartó la vista, parpadeó un par de veces para readaptar sus ojos a la penumbra de la sala y se quedó unos instantes mirando al vacío con expresión dubitativa. Layla cambiaba el peso nerviosamente de un pie a otro, pero dio un respingo cuando su compañera volvió a hablar.

—Creo que lo mejor, por ahora, es no hacer nada —dictaminó Andie y, cuando vio que Layla se tensaba visiblemente, aclaró—: Al menos, no es algo que debamos hacer nosotros. ¿No te parece?

En ese instante, la puerta se abrió violentamente, y un hombre alto y delgado como un junco se asomó rápidamente, desviando su atención completamente de aquel espinoso asunto. El recién llegado por su parte, al comprobar quiénes estaban allí, soltó una ligera maldición no exenta de alivio.

—¡Menos mal que os encuentro! —resopló—. ¡No sabéis la paliza que acabo de darme recorriendo toda la Escuela...!

Andie se giró para encaminarse hacia él.

—Jorge, ¿estás bien? —preguntó, preocupada.

El recién llegado se mesó el pelo corto rizado y pelirrojo oscuro, con cierto nerviosismo, antes de responder.

—Lo sabrás en cuanto veas lo que está pasando —repuso, y acto seguido la tomó del brazo y tiró de ella con fuerza. Andie protestó e intentó zafarse—. ¡Vamos!

Al comprobar la urgencia en los ojos verdes de su compañero, la Hija de Mercurio dejó ipso facto de resistirse y corrió tras él. Oyó también cómo Layla cerraba la puerta de la sala de espionaje tras de sí y los seguía a buen paso. Las dos brujas iban con el corazón en un puño, preocupadas por aquella súbita urgencia; pero cuando salieron a la explanada frente a la mansión principal y vieron el fuego que se alzaba detrás de las cabañas más cercanas a su izquierda, lo entendieron.

A punto estaban de seguir corriendo cuando vieron que otras sombras salían de un coche, que acababa de aparcar en una zona despejada de nieve, antes de lanzarse en la misma dirección. Layla resopló de alivio cuando vio una cabellera rubia volar ante sus ojos y se apresuró a levitar para llegar a su altura. Sandra se detuvo a unos metros escasos de los establos en llamas.

—Hola, Lay —la saludó—. Cuánto tiempo.

Irene gritó y saltó instintivamente cuando un fragmento de madera ardiente cayó a apenas un metro de donde ella estaba. Su espalda dio contra la puerta de uno de los establos, que en ese momento estaba siendo fuertemente aporreada por su inquilino. Los relinchos histéricos se oían cada vez a mayor volumen e Irene estaba temiendo el momento en que alguno de los animales consiguiese echar la puerta de su cubículo abajo. Un caballo desbocado en un recinto cerrado e incendiado era una garantía de muerte. Para él... y para ella.

La muchacha miró con desesperación hacia la puerta principal del edificio. Nada más producirse la explosión, varios fragmentos de viga habían caído frente a la misma, bloqueándola. Y las paredes eran más recias de lo que Irene,

en su estado de nerviosismo, era capaz de derribar. Tampoco ayudaba el hecho de que Ruth hubiese perdido el conocimiento ni que los conjuros anti-incendios dispuestos alrededor de los establos no estuviesen preparados para un incendio de aquella magnitud, sino de incidentes a pequeña escala y más graduales...

Así que allí estaba la joven pelirroja, tratando de despertar a su prima y angustiándose cada vez más. Primero, porque no veía la salida de aquel atolladero. Y segundo, pero no por ello menos importante...

Porque no tenía la menor idea de cómo había conseguido meterse en él.

El corazón de Cora se puso a mil por hora cuando escuchó el grito procedente del establo en llamas. Hubiese reconocido aquella voz en cualquier parte y la palidez que se apoderó del rostro de Sandra en un instante, sumada a la mirada de urgencia que le dirigió acto seguido, borró todo rastro de duda en la mente de la mujer de Fuego. Sin apenas pensar en lo que hacía, corrió por la nieve derritiéndola inconscientemente a su paso, hacia el edificio que amenazaba con derrumbarse de un momento a otro. Cuando llegó, alzó la vista tratando de visualizar la dirección del fuego para así absorberlo. Sabía que no sería un proceso agradable, debido sobre todo a la gran cantidad de llamas que tendría que atraer, pero no le quedaba más remedio si quería salvar a Irene.

Sin embargo, en el momento en que localizó el punto más débil del incendio y cerró los ojos para concentrarse, unos brazos fuertes la tomaron de la cintura y la apartaron de allí. Cora maldijo y abrió los ojos en cuanto tocó el suelo de

nuevo, pero su expresión se tornó en incredulidad cuando vio a Marco en la posición que ella había ocupado unos segundos antes. Sus iris claros parecían decir: “confía en mí”. Y, tras un milisegundo de duda, su esposa asintió con la cabeza, pero se colocó igualmente junto a él. Marco arqueó una ceja, a la vez que fruncía los labios con preocupación. Cora le devolvió una mirada desafiante.

—Sé lo que estás pensando —siseó a toda prisa—. Pero créeme, no te vendrá mal una mano si no quieres que toda la estructura se derrumbe.

El rostro de Marco se relajó al instante. Sabía que Cora tenía razón. Así pues, los dos se separaron un par de metros, cerraron los ojos y alzaron los brazos. El tiempo corría en su contra.

—¿Irene? —susurró una voz bajo los rizos pelirrojos—. ¿Eres tú?

La interpelada alzó la cabeza, aliviada de que su prima por fin hubiese despertado. Las lágrimas salían de sus ojos, pero se evaporaban rápidamente a causa del intenso calor. De hecho, la muchacha no estaba segura de si lloraba de alivio, de desesperación o a causa del humo. En efecto, lo primero que hizo Ruth al incorporarse fue toser, antes de mirar a su alrededor con expresión horrorizada.

—¿¿Qué...?! —exclamó, volviéndose hacia su prima.

Pero esta negó rápidamente con la cabeza.

—¡¡No lo sé!! —aulló, presa del pánico—. ¡No sé qué ha pasado! ¡Pero tampoco sé cómo detenerlo!

Ruth sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Cómo es posible? ¡Eres de una Casa de Fuego! —le espetó, histérica.

—¡Lo sé! —repuso la otra en el mismo tono—. ¡Pero nunca me había enfrentado a algo así! ¿Te enteras?

Ruth meneó de nuevo su rubia cabellera, y enterró la cara entre las manos, sollozando.

—¡Vamos a morir! —exclamó.

Irene apretó los dientes. A veces Ruth podía ser tan mártir...

—¡No vamos a morir, cabeza hueca! —le gritó a su prima. La verdad es que no estaba nada convencida de ello, pero lo último que debían hacer era mostrarse derrotistas—. Conseguiremos...

Pero un ruido sordo procedente del fondo de la estancia la hizo enmudecer de golpe y adivinó que el temido momento había llegado al ver una preocupante sombra proyectarse sobre la pared. En efecto, una de las yeguas, una enorme percherona de capa alazana, recibió en ese instante una llamarada en la grupa que la hizo alzarse de manos y machacar, de una vez por todas, la maltrecha madera de la puerta que la retenía.

Al verlo, la joven pelirroja tiró de su prima hacia arriba sin pensar y corrió hacia el rincón más alejado del enloquecido animal, el cual brincaba y manoteaba en el aire como si estuviese poseído. Una de las esquinas más cercanas a la puerta parecía segura y las dos muchachas se dirigieron hacia allí sin dudar. Rápidamente, se hicieron un ovillo en el preciso instante en que la yegua saltaba sobre la misma viga que ellas acababan de dejar atrás.

La salida estaba bloqueada, pero el enorme animal no se percató de ello a tiempo, sino que embistió la pared con todas sus fuerzas, haciendo crujir toda la estructura del establo. Las muchachas saltaron de nuevo en el preciso instante en que la madera empezaba a desmoronarse sobre sus cabezas, al ser

repentinamente conscientes de que iban a morir calcinadas, puesto que la ansiada salida aún estaba muy lejos. Pero las llamas nunca llegaron.

Todo sucedió muy rápido. Irene alzó las manos para protegerse, pero el único impacto que recibió en ellas fue el de una serie de fragmentos de madera ennegrecida... Y húmeda.

La muchacha abrió lentamente los ojos. “¿Qué diantres...?”

Pero no tuvo tiempo de pensarlo puesto que, un instante después, su mirada se posó en alguien que permanecía en pie justo al otro lado de los escombros. Dos figuras jadeantes que las observaban y, en una décima de segundo, echaron a correr y llegaron a su altura. E Irene apenas fue consciente de que las lágrimas corrían por sus mejillas cuando se acurrucó contra el pecho del hombre rubio que la rodeaba con sus brazos.

—Papá... —sollozó antes de notar cómo todo le daba vueltas y perdía el conocimiento.